

SANTOS
—Y—
SINVERGÜENZAS
EN LA HISTORIA DE JESÚS

NANCY GUTHRIE


EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Saints and Scoundrels in the Story of Jesus*, © 2020 por Nancy Guthrie, y publicado por Crossway, un ministerio editorial de Good News Publishers, Wheaton, Illinois 60187, U.S.A. Traducido con permiso. Todos los derechos reservados.

Edición en castellano: *Santos y sinvergüenzas en la historia de Jesús*, © 2021 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados. Publicado por acuerdo con Crossway.

Traducción: Rosa Pugliese

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “RVA-2015” ha sido tomado de la Reina Valera Actualizada © 2015 por Editorial Mundo Hispano. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “NTV” ha sido tomado de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “PDT” ha sido tomado de la versión Palabra de Dios para Todos © 2005, 2008, 2012, Centro Mundial de Traducción de La Biblia © 2005, 2008, 2012, World Bible Translation Center.

Las cursivas en el texto bíblico son énfasis de la autora.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5959-7 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6892-6 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7739-3 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 30 29 28 27 26 25 24 23 22 21

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

Este libro está dedicado afectuosamente a las mujeres de Cornerstone Presbyterian Church de Franklin, Tennessee. Algunos domingos recorro el salón con mi mirada, y me emociona ver que he recibido el inmenso regalo de mujeres piadosas con quienes caminar en esta vida de fe. Cada semana nos reunimos para confesar nuestros actos vergonzosos y tener la seguridad del perdón. Escuchamos la Palabra de Dios y participamos de la Cena del Señor, y salimos al mundo como “los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo” (1 Co. 1:2).

CONTENIDO

Introducción	11
1. La voz: <i>Juan el Bautista</i>	13
2. La familia: <i>Los antepasados, los padres y los hermanos de Jesús</i>	37
3. La piedra: <i>Simón Pedro</i>	57
4. Los hipócritas: <i>Los fariseos</i>	77
5. El estafador: <i>Zaqueo</i>	101
6. El oportunista y la mujer agradecida: <i>Judas Iscariote y María de Betania</i>	119
7. El sacerdote: <i>Caifás</i>	139
8. Los delincuentes: <i>Los dos ladrones en la cruz</i>	159
9. El discípulo: <i>Esteban</i>	177
10. El peor: <i>Saulo (Pablo)</i>	199
Bibliografía	219

INTRODUCCIÓN

La historia de Jesús incluye todo tipo de personajes: un primo segundo que lo reconoció, padres que lo amaban, discípulos que lo malinterpretaban, exigentes guardianes de la ley que maquinaban para acusarlo, un amigo que lo traicionó, sacerdotes que conspiraron contra Él y seguidores que murieron por Él. Si bien algunos lo aceptaban, otros lo odiaban. Algunos querían servirlo, pero otros querían aprovecharse de Él. Algunos que afirmaban ser santos demostraron ser sinvergüenzas. Y otros que comenzaron como sinvergüenzas se transformaron en santos.

Para algunas de nosotras, muchos de estos personajes todavía penden de la pizarra de fieltro de la escuela dominical. Aprendimos quiénes eran y el rol que desempeñaron en la historia de Jesús hace mucho tiempo, tal vez en la infancia, y nunca hemos llegado a verlos en su profundidad, como seres humanos más complejos. Otras de nosotras no tenemos un trasfondo de historias de escuela dominical y no hemos aprendido sobre estos personajes durante nuestra infancia. Somos más bien una pizarra en blanco. O, si no está completamente en blanco, quizás tengamos algunos espacios en blanco bastante grandes. Todavía estamos tratando de encontrar sentido a la historia de Jesús en términos de por qué vino, cuál era su mensaje, por qué algunos lo amaban y otros lo odiaban, y por qué incluso hoy sigue siendo una figura tan polarizadora.

Espero añadir, profundizar, pulir o quizás corregir tu conocimiento de los distintos personajes que presento en los siguientes capítulos. Espero mostrártelos desde una perspectiva que quizás no hayas visto antes o, al menos, a través de una lente más nítida, que te ayude a

verlos mejor. Espero que los veas en una dimensión más completa en términos de sus debilidades y limitaciones humanas, así como de su confianza y valor. Espero mostrarte algunas de las cosas que pueden haber contribuido a sus expectativas, motivaciones y confusiones. Espero que a veces veas algo de ti en ellos; pero, ante todo, quiero ayudarte a ver a Jesús con más luz mediante el estudio de estas historias y estos personajes. Una y otra vez, veremos cómo Jesús interactuaba con la gente: personas con esperanzas, sueños, heridas y decepciones. Escucharemos lo que Jesús decía a quienes lo aceptaban y lo amaban, así como a quienes lo rechazaban y lo ridiculizaban. Además, tendremos una idea de lo que Jesús quiere de nosotras, y lo que nos ofrece.

Todo esto nos llevará a profundizar en la Biblia, especialmente en los cuatro Evangelios: Mateo, Marcos, Lucas y Juan, así como en el libro de los Hechos, ya que la historia de Jesús continúa incluso después de su muerte y resurrección. Para darte una base sólida y aprovechar al máximo cada capítulo, tal vez quieras pasar un tiempo leyendo los pasajes de la Biblia sobre los que está basado cada capítulo antes de leer el capítulo. Para ello, he creado un estudio bíblico personal como complemento de este libro, que puedes hacer de manera individual o grupal. Lo encontrarás, junto a otros recursos relacionados con este libro, en <https://www.portavoz.com/vida-cristiana/santos-y-sinvergüenzas-en-la-historia-de-jesus/> y en www.nancyguthrie.com (algunos de los recursos están disponibles en inglés solamente).

Fue mi propia curiosidad sobre algunos de estos personajes, mis propias preguntas sobre por qué hicieron las cosas que hicieron y dijeron las cosas que dijeron —y, en algunos casos, por qué murieron de la forma en que murieron— lo que me llevó a estudiar sus historias. Una y otra vez, he visto partes de mí en ellos: mis miedos, mis fracasos y mis deseos. Sin embargo, lo más importante, me han ayudado a amar y admirar más a Cristo, a convencerme más de su bondad y a vivir con más esperanza en todo lo que ha prometido a quienes lo aceptan por fe. Oro para que el estudio de estos personajes haga lo mismo en ti, que estos santos y sinvergüenzas te muestren de manera clara y convincente la única esperanza para santos y sinvergüenzas: Jesucristo.

LA VOZ

Juan el Bautista

Recientemente, personas de todo el mundo dejaron lo que estaban haciendo para ver algo que sucedía en las afueras de Londres: la boda del príncipe Harry y Meghan Markel. Al sintonizar la ceremonia en la capilla de San Jorge en Windsor, escucharon las palabras del predicador. A continuación, hay un fragmento de su sermón:

Alguien dijo una vez que Jesús comenzó el movimiento más revolucionario de la historia humana. Un movimiento basado en el amor incondicional de Dios por el mundo; un movimiento que obliga a las personas a vivir ese amor y, al hacerlo, no solo cambian sus propias vidas, sino también la vida del mundo en sí. Debemos descubrir el amor, el poder redentor del amor. Y, cuando lo hagamos, haremos de este viejo mundo, un mundo nuevo.¹

El reverendo Michael Curry estaba convencido de que lo que el mundo necesita es amor, y que el amor tiene el poder de cambiar el mundo. Mensaje que desató un clamor de aprobación en todo el

1. Extraído del texto completo de “The Power of Love”, el sermón que el obispo Michael Curry dio en la boda real, publicado por National Public Radio, el 20 de mayo de 2018, <https://www.npr.org/sections/thetwo-way/2018/05/20/612798691/bishop-michael-currys-royal-wedding-sermon-fulltext-of-the-power-of-love/>.

mundo. El sermón de Curry tuvo una reproducción de cuarenta mil tuits por minuto, y muchos elogiaron el discurso del reverendo como el momento destacado de la ceremonia por su estilo y contenido.

Cuando comenzamos a leer el Evangelio de Mateo, escuchamos a otro tipo de predicador proclamar: “Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas” (Mt. 3:3). Este era un predicador del que todos hablaban en su época. Era por el que las personas viajaban desde sus hogares y ciudades para ir a escucharlo, lo que sorprende cuando consideramos su mensaje. Mateo 3:2 resume el contenido del mensaje de este predicador de la siguiente manera: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado”. La esencia del mensaje de este predicador a las personas de su época era que estaban mal y tenían que cambiar. Tenía que haber un reordenamiento radical de sus vidas. ¿Por qué? Porque el Rey estaba cerca. Este predicador llamaba a las personas más religiosas de la ciudad “generación de víboras”, y les advertía: “Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego” (Mt. 3:10). *¡Bueno, no es agradable escuchar eso!* Los ponía sobre aviso: “Su aventador está en su mano, y limpiará su era; y recogerá su trigo en el granero, y quemará la paja en fuego que nunca se apagará” (Mt. 3:12). *¡No es para nada agradable!*

No creo que los invitados a la reciente boda real hubieran apreciado el mensaje de este predicador tanto como lo hicieron con el mensaje de Michael Curry, ¿verdad? Este predicador, a quien conocemos como Juan el Bautista, estaba convencido de que lo que el mundo necesita es arrepentimiento, dejar de lado el yo y el pecado, y volverse a Dios y su gracia.

Ahora bien, seamos sinceras. Esta idea de que debemos arrepentirnos porque se acerca el juicio nos recuerda a esas caricaturas donde hay un individuo en una esquina con una túnica y barba larga y un letrero que dice: “¡Arrepiéntanse, el final está cerca!”. Nos parece innecesariamente alarmista y bastante ridículo. Muchas de nosotras nos hemos amoldado a un cómodo estilo de vida, que sería demasiado inconveniente interrumpir. Por eso nos cuesta tanto hacer un cambio

significativo en nuestra dieta, por ejemplo. La sugerencia de dejar de disfrutar nuestras tostadas francesas, papas fritas y arroz frito para comenzar la dieta Keto nos hace gruñir el estómago. Desechar nuestro antiguo dispositivo electrónico para adaptarnos a la última tecnología a veces nos hace querer conservar un poco más la versión conocida. Hacer un cambio significativo en la forma en que interactuamos con nuestro jefe, nuestros compañeros de trabajo, nuestros clientes, nuestros suegros o nuestros vecinos puede parecer mucho más esfuerzo del que queremos hacer.

Así que echemos un vistazo al hombre, Juan el Bautista, y su provocador llamado a abandonar el *statu quo*; su llamado a todos los que escuchaban su voz a cambiar por completo el rumbo de sus vidas. Veamos su misión, su mensaje y su confusión acerca de Jesús. Al seguir su historia a través de los Evangelios, seremos testigos de muchos que respondieron a su llamado al arrepentimiento. Veremos a muchos otros que rechazaron su llamado y trataron de silenciarlo. También conoceremos a un hombre y su esposa (dos sinvergüenzas), que finalmente lograron silenciar “la voz”.

La misión de Juan

Para comprender a Juan el Bautista y su misión, no podemos comenzar solo con su concepción milagrosa. Tenemos que saber que, durante siglos, el pueblo de Dios había estado velando y esperando a alguien que anunciara la venida del Mesías prometido. Durante siglos, al abrir los rollos de Isaías, el pueblo de Dios seguiría la liturgia de los primeros treinta y nueve capítulos de juicio prometido y luego se detendría en el capítulo 40 a oír:

Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalén; decidle a voces que su tiempo es ya cumplido, que su pecado es perdonado; que doble ha recibido de la mano de Jehová por todos sus pecados. Voz que clama en el desierto: Preparad camino a Jehová; enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios. Todo valle sea alzado, y bájese todo monte y collado; y lo torcido se enderece, y lo áspero se allane. Y se

manifestará la gloria de Jehová, y toda carne juntamente la verá;
porque la boca de Jehová ha hablado (Is. 40:1-5).

¡Estupendo! ¿Cuándo iban a cambiar las cosas? ¿Cuándo se iba a revelar la gloria de Dios en lo que les parecía ser una tierra que Dios había abandonado? Cuando una voz comenzara a clamar y a llamar al pueblo de Dios a prepararse para la llegada del Rey divino.

Las palabras de Isaías representaban la ilustración de un rey que llega a una ciudad. Un grupo de trabajadores sale delante del rey para asegurarse de que los caminos estén allanados para él y que la población esté preparada para celebrar su llegada.

No fue solo el profeta Isaías quien escribió sobre esta voz. Años más adelante, Dios habló a través del profeta Malaquías, y dijo: “He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí; y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros. He aquí viene, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Mal. 3:1). Sin embargo, a medida que continúa el libro de Malaquías, la experiencia de la llegada de este Rey a su pueblo, este Señor a su templo, no parece exactamente cálida y alegre para todos los involucrados. No suena exactamente al “felices para siempre” de todas las películas de Disney sobre príncipes y princesas:

Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama.

Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada. Hollaréis a los malos, los cuales serán ceniza bajo las plantas de vuestros pies, en el día en que yo actúe, ha dicho Jehová de los ejércitos (Mal. 4:1-3).

Entonces “todos los que hacen maldad serán estopa”. ¡Uy! “Los abrasará”. ¡Uy! Este pasaje dice que para aquellos que temen el nom-

bre de Dios, habrá sanidad y saltos de alegría, pero para aquellos que aborrecen la ley de Dios en lugar de amarla, la venida del Rey traerá destrucción. Parece bastante blanco y negro, ¿verdad?

En los versículos finales del Antiguo Testamento, en Malaquías 4:5-6 leemos: “He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible. Él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y hiera la tierra con maldición”.

Considera cómo comenzó el Antiguo Testamento en Génesis 1 con la repetición de las mismas palabras una y otra vez: Dios bendijo... Dios bendijo... Dios bendijo. ¡Qué contraste con estos versículos finales del Antiguo Testamento! El Antiguo Testamento no termina con una bendición, sino con una maldición: la amenaza de la destrucción total. Sin embargo, también había esperanza. Dios iba a enviar a alguien antes de ese “día de Jehová, grande y terrible”. Alguien que haría un cambio en la forma en que las personas se relacionan entre sí. Tendría un mensaje que confrontaría el *statu quo*, un mensaje que realmente cambiaría al mundo.

Sin embargo, después que Dios habló a través de su profeta Malaquías, hubo silencio durante cuatrocientos años. Las personas escuchaban la voz sobre la que Isaías escribió, y esperaban la llegada de este mensajero sobre el que Malaquías también escribió. Entonces, finalmente, un ángel se apareció a un anciano sacerdote mientras cumplía sus funciones en el Lugar Santo del templo.

Pero el ángel le dijo: Zacarías, no temas; porque tu oración ha sido oída, y tu mujer Elisabet te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Juan. Y tendrás gozo y alegría, y muchos se regocijarán de su nacimiento; porque será grande delante de Dios. No beberá vino ni sidra, y será lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre. Y hará que muchos de los hijos de Israel se conviertan al Señor Dios de ellos. E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos, y de los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto (Lc. 1:13-17).

Zacarías conocía la Biblia. La relación entre las palabras del ángel dichas ese día y las palabras de Malaquías hace cuatrocientos años debe haber sido obvia para él. Se iba a romper el silencio. Vendría el Rey. Este hijo de Zacarías tendría una misión divina. ¡Iba a ser la voz que clamaría en el desierto del mundo, y llamaría a las personas a preparar sus corazones para recibir al Rey!

El método de Juan

La historia de la voz da un salto hasta Mateo 3.

En aquellos días vino Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea, y diciendo: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado. Pues éste es aquel de quien habló el profeta Isaías, cuando dijo:

Voz del que clama en el desierto:
Preparad el camino del Señor,
Enderezad sus sendas (Mt. 3:1-3).

Mateo, el escritor de este Evangelio, estaba ayudando a sus lectores judíos a establecer la relación entre Juan el Bautista y la persona que Isaías y Malaquías habían prometido que vendría. Esto es lo que escribió:

Y Juan estaba vestido de pelo de camello, y tenía un cinto de cuero alrededor de sus lomos; y su comida era langostas y miel silvestre (Mt. 3:4).

¿De qué se trata esto? ¿Por qué Mateo incluyó este detalle sobre la ubicación, la vestimenta y la dieta de Juan? “No podemos dejar de ver que Juan está cortado con la misma tijera (literalmente) que el profeta del Antiguo Testamento, sobre todo Elías”.² Juan se vestía de una manera similar a Elías. En 2 Reyes 1:8, leemos que Elías tisbita

2. Douglas O'Donnell, *Matthew: All Authority in Heaven and on Earth* (Wheaton, IL: Crossway, 2013), 70.

“tenía vestido de pelo, y ceñía sus lomos con un cinturón de cuero”. Juan el Bautista llevaba un vestido de pelo de camello y un cinturón de cuero. Durante la sequía, Elías vivía del pan seco que caía de los cuervos; Juan el Bautista pasaba la mayor parte de su tiempo en el desierto comiendo langostas y miel silvestre.

Elías era un profeta en los días en que el rey de Israel buscaba el favor de Baal-zebul, el falso dios de Ecrón, en vez de buscar al único Dios verdadero de Israel. Su mensaje al rey de esos tiempos fue: “Por tanto, así ha dicho Jehová: Del lecho en que estás no te levantarás, sino que ciertamente morirás. Y Elías se fue” (2 R. 1:4). ¡No es exactamente un rayo de esperanza profética!

Al igual que Elías, Juan el Bautista también tenía un mensaje provocador para las personas de su época, pero las multitudes iban hasta el desierto para escucharlo.

Y salía a él Jerusalén, y toda Judea, y toda la provincia de alrededor del Jordán, y eran bautizados por él en el Jordán, confesando sus pecados (Mt. 3:5-6).

Intenta imaginar esta escena. No era que todos se dirigían al centro para escuchar a su banda favorita. Sino que todos dejaban la comodidad de sus pueblos y ciudades para ir al desierto donde no se ofrecía comida rápida, había muy poca agua, no había baños, ni comodidades. Las ciudades se vaciaban y las personas se dirigían al árido desierto. ¿Y por qué iban? Después de cuatrocientos años, Dios había roto su silencio y estaba hablando a través del último profeta del Antiguo Testamento, Juan. Él estaba allí y proclamaba que el día que habían estado esperando, la salvación que habían estado esperando, la restauración de Israel que habían estado esperando, ¡finalmente estaba a punto de llegar!

Sin embargo, el mensaje de Juan también implicaba una demanda. Estar listos para esta salvación requeriría un cambio profundo en sus vidas, un cambio costoso lejos del *statu quo*.

Juan estaba allí llamando con denuedo al pueblo de Dios a ser sincero acerca de su pecado y confesarlo. Los estaba llamando a alejarse del pecado con el que estaban cómodos y a cambiar radicalmente el

rumbo de sus vidas. Los estaba llamando a volver sus corazones duros hacia Dios y unos a otros; a dejar sus presunciones del favor de Dios basadas en su linaje y sus prejuicios contra aquellos que no descendían del linaje “correcto”. Los estaba llamando a alejarse de la religiosidad vacía y adoptar una devoción más plena, lejos del legalismo, al amor por la ley de Dios. Los estaba llamando a alejarse de su falta de interés y compasión por sus padres mayores y sus hijos en crecimiento y, en cambio, buscar una forma de relacionarse con ellos con un corazón tierno y compasivo.

El arrepentimiento nunca es una cosa general. El verdadero arrepentimiento siempre requiere ser dolorosamente específico con respecto a los pecados que lamentamos y de los que queremos alejarnos. Alguien que de manera ocasional o semanal dice: “Perdónanos nuestros pecados”, pero nunca es específico con Dios acerca de los celos, la avaricia, el orgullo, que ha dominado su corazón esa semana, no está verdaderamente arrepentido. Sin embargo, además de lo específico que debe ser el arrepentimiento, hay algo más amplio en ello. Michael Horton escribe:

Arrepentimiento no es modificar unas que otras convicciones, sino darte cuenta de que toda tu interpretación de la realidad: Dios, tú mismo, tu relación con Dios y el mundo, está equivocada. No es volver al camino “recto y estrecho”, después de haberte desviado un poco por el camino trillado, sino reconocer ante Dios que no estás, y nunca has estado, ni siquiera en las inmediaciones. Te creíste el centro del universo, pero ahora te das cuenta de que existes para agradar a Dios y para su gloria, y eso cambia la manera de ver las cosas. Renuncias al derecho a determinar por ti mismo lo que crees y cómo vivirás.³

Imagina a hombres y mujeres meterse en el agua y enumerar en voz alta sus pecados: su adulterio, odio, crueldad, apatía hacia Dios,

3. Michael Horton, *Pilgrim Theology* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 2011, 2012), 263.

rebelión contra Dios. Mientras confesaban sus pecados, con el deseo de lavarse y permanecer limpios, seguían a Juan a las aguas del bautismo, que simbolizaba la limpieza de los pecados. El bautismo no era nuevo para estas personas. El bautismo era uno de los rituales que realizaban los gentiles que querían abrazar el judaísmo. Sin embargo, no eran gentiles a los que Juan estaba bautizando. Eran judíos. Al llamarlos al Jordán para bautizarse, Juan estaba sugiriendo a estos judíos, que eran pecadores perdidos, que necesitaban la salvación. Imagina la humillación que el bautismo de Juan requería de un judío. Por este acto, confesaban la insuficiencia de su herencia religiosa para la salvación de sus pecados. Se estaban colocando al mismo nivel (inferior), al mismo estado de los que no pertenecían al reino, como gentiles.

El Jordán era el río que cruzaron sus antepasados para entrar a la tierra prometida. La nación de Israel y sus vecinos volvían a entrar a él, porque se encontraban al borde de una nueva era para el pueblo de Dios, y querían participar de todo. No querían perderse nada. Querían ser lavados y esperar la llegada de su Rey.

Sin embargo, no solo los que estaban dispuestos a arrepentirse iban a escuchar lo que Juan tenía para decir.

Al ver él que muchos de los fariseos y de los saduceos venían a su bautismo, les decía: ¡Generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento, y no penséis decir dentro de vosotros mismos: A Abraham tenemos por padre; porque yo os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras. Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego (Mt. 3:7-10).

Estos fariseos y saduceos, la élite religiosa de su época, no iban a bautizarse; iban a observar y condenar el bautismo que Juan estaba realizando allí. Habían trabajado duro para convencer a sus seguidores judíos de que simplemente ser judíos y cumplir la ley (tal como ellos la interpretaban) era suficiente para hacerlos aceptables para

Dios. El ministerio y mensaje de Juan y, ahora, este bautismo suyo, sugerían lo contrario.

El verdadero arrepentimiento no surge con naturalidad, incluso en —y quizás especialmente en— las personas religiosas. Se necesita mucha humildad para decir: “Me he equivocado. He estado yendo en la dirección equivocada, y ahora, con las fuerzas que Dios me da, quiero ir en la dirección opuesta: hacia una vida de dependencia de Dios en lugar de independencia de Él; hacia una vida para agradecer a Dios en lugar de solo usar a Dios; hacia una vida de humilde obediencia en lugar de orgullosa resistencia”. El arrepentimiento no es solo un pequeño ajuste. No es un ligero acomodamiento de la brújula. Es un giro completo, que demuestra ser genuino por el fruto que nace en la vida de una persona.

No había arrepentimiento y, por lo tanto, ningún fruto de arrepentimiento genuino en la vida de la élite religiosa presuntuosa e hipócrita que fue al desierto a condenar a Juan. Por ello, Juan les preguntó: “¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera?” (v. 7). Los estaba incitando a recordar los versos que habían aprendido en la escuela sabática. Su respuesta debería haber sido: “El profeta Isaías”. Fue Isaías quien usó la imagen de un hacha puesta a la raíz de los árboles para advertir al pueblo de Dios de su ira venidera:

He aquí el Señor, Jehová de los ejércitos, desgajará el ramaje con violencia, y los árboles de gran altura serán cortados, y los altos serán humillados. Y cortará con hierro la espesura del bosque, y el Líbano caerá con estruendo (Is. 10:33-34).

Fue Isaías quien escribió acerca de los hombres arrojados al fuego:

Y saldrán, y verán los cadáveres de los hombres que se rebelaron contra mí; porque su gusano nunca morirá, ni su fuego se apagará, y serán abominables a todo hombre (Is. 66:24).

Fue una resistencia inflexible y orgullosa al arrepentimiento lo que hizo a estos líderes religiosos vulnerables a la ira de Dios. Sin

embargo, no se veían a sí mismos vulnerables a este juicio, sino protegidos de este juicio. Eran como muchas personas de hoy que están tan ocupadas con las actividades de la iglesia, o personas que siguieron un ritual religioso en su infancia y que confían en que están “dentro”, a pesar de que no hay fruto de genuino arrepentimiento y fe en sus vidas.

Y solo me detengo a preguntar: ¿Eres vulnerable? ¿Hay fruto de arrepentimiento genuino en tu vida? ¿Fruto de arrepentimiento de la amargura en forma de perdón? ¿Fruto de arrepentimiento de la codicia en forma de creciente generosidad? ¿Fruto de arrepentimiento del egocentrismo en forma de preocupación por las necesidades y heridas de otros más que por tus propias necesidades y heridas? ¿Ha habido una reorientación radical en ti que ha puesto a Cristo en el centro y no en la lejanía de tu vida?

Si bien el bautismo de Juan era importante, sabía que no era todo lo que el pueblo de Dios necesitaba. Era una simple preparación para algo que solo el Rey, que él vino a anunciar, podía ofrecer: “Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego” (Mt. 3:11).

Juan sabía que su bautismo externo era simbólico de una limpieza interna. Vendría uno que podía hacer esa limpieza interior con fuego purificador, uno que podía dar vida a las personas espiritualmente muertas. Su bautismo en agua era solo un símbolo; el bautismo del Espíritu era la verdad que el símbolo representaba.

Hasta que fue alguien para ser bautizado por Juan, que no necesitaba limpieza, ni arrepentimiento:

Entonces Jesús vino de Galilea a Juan al Jordán, para ser bautizado por él. Mas Juan se le oponía, diciendo: Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí? Pero Jesús le respondió: Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia. Entonces le dejó. Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él. Y hubo una

voz de los cielos, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia (Mt. 3:13-17).

¿Por qué Jesús iría a Juan para ser bautizado? ¿Y qué quiso decir con que este acto “así conviene [para] que cumplamos toda justicia”? Evidentemente, había algo que Jesús y Juan tenían que hacer para cumplir el plan de Dios, y parte de ese plan lo cumplió Jesús al recibir el bautismo de Juan.

En el Antiguo Testamento, el bautismo era una forma de consagración. Cuando un sacerdote alcanzaba la edad de ingreso al ministerio público a los treinta años, se bautizaba y se consagraba. Entonces, en su bautismo, Jesús se estaba consagrando para el servicio. Por supuesto, en el centro del servicio de Jesús a Dios estaba su identificación con el pueblo de Dios. Se había encarnado y había entrado al mundo, y ahora se estaba sumergiendo en las aguas del bautismo para identificarse aún más con nosotros y con nuestra necesidad: nuestra necesidad de limpiarnos del pecado y, principalmente, nuestra necesidad de que alguien cargue con el castigo por nuestro pecado. Cuando se acercó a Juan para que lo bautizara, Juan reconoció exactamente quién era Jesús. Leemos en Juan 1:

El siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo dije: Después de mí viene un varón, el cual es antes de mí; porque era primero que yo. Y yo no le conocía; mas para que fuese manifestado a Israel, por esto vine yo bautizando con agua (Jn. 1:29-31).

Allí, en el Jordán, Juan reconoció a Jesús como el portador del pecado, el Cordero que sería inmolado. Allí, en el Jordán, cuando Jesús emergió de las aguas del bautismo, fue revelado, no solo a Juan, sino a todos los que escucharon la voz de Dios mismo desde el cielo, que reconocía a Jesús como su propio Hijo, como el Rey que vino a traer el reino de Dios, como el siervo de Dios del cual habló el profeta Isaías cuando escribió:

He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento [*en quien estoy bien complacido*]; he puesto sobre él mi Espíritu [*visiblemente*]; él traerá justicia a las naciones (Is. 42:1).

Seguramente, Juan hizo la relación entre las palabras de Dios que venían del cielo en el bautismo de Jesús y este pasaje de Isaías 42. Jesús sería el que habría de “[traer] justicia”. Eso es lo que esperaban Juan y tantos otros. Finalmente, había llegado el Rey, que pondría fin a la tiranía y la opresión que tantas potencias extranjeras ejercían sobre Israel.

Sin embargo, luego, cuando Jesús inició su ministerio en Galilea predicando en la ladera de una colina, multiplicando panes y peces y sanando a los enfermos, Juan no vio que Jesús trajera justicia. De hecho, poco tiempo después, Juan languidecía en una prisión bajo un gobernante completamente corrupto y cruel. Jesús no parecía estar a la altura de lo que Juan entendía de las Escrituras que el Cristo sería y haría. Jesús no estaba a la altura de las expectativas de Juan. Algunas de nosotras sabemos exactamente de qué se trata eso. Sin embargo, a diferencia de algunas de nosotras, que tal vez nos enojamos o nos alejamos de Jesús cuando no hace lo que esperamos que haga, Juan fue directamente a Jesús con sus preguntas.

La confusión de Juan

Y al oír Juan, en la cárcel, los hechos de Cristo, le envió dos de sus discípulos, para preguntarle: ¿Eres tú aquel que había de venir, o esperaremos a otro? (Mt. 11:2-3).

La confusión de Juan acerca de Jesús no estaba basada en una incredulidad o fragilidad emocional bajo presión. La preocupación de Juan se basaba en el hecho de que, desde su punto de vista, Jesús no parecía estar cumpliendo las Escrituras. De sus muchos años en el desierto, de vivir y respirar los pasajes del Antiguo Testamento, Juan había visto claramente que, cuando el Cristo viniera, haría justicia en el mundo. Castigaría el mal y recompensaría el bien. El mensaje de Juan a las personas de su época, basado en las Escrituras, era que “el hacha está

puesta a la raíz de los árboles”; pero estaba escuchando noticias de Jesús que limpiaba a un leproso, sanaba al criado de un centurión y echaba fuera demonios de un hombre. Imagina las cosas malvadas que este hombre con un demonio debe haber hecho en su comunidad que merecían juicio, no misericordia. Juan comenzó a preguntarse: *¿dónde está el hacha, y cuándo empezará Jesús a empuñarla?*

Había algo en los textos del Antiguo Testamento que no estaba claro para Juan, algo que produjo confusión en él mientras esperaba en la cárcel a que el aventador comenzara a recoger la paja para prenderle fuego. Juan el Bautista, como la mayoría de los profetas y como tantas personas de su época, no había entendido que el Cristo vendría dos veces: la primera vez para proclamar su reino y morir en sacrificio una vez y para siempre por los pecadores, y la segunda vez para establecer su reino y destruir a sus enemigos. Juan esperaba que todo lo que habían prometido los profetas del Antiguo Testamento tuviera lugar en un día monumental del Señor en su primera venida.

Respondiendo Jesús, les dijo: Id, y haced saber a Juan las cosas que oís y veis. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio; y bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí (Mt. 11:4-6).

Jesús sabía que las dudas de Juan se basaban en su comprensión de las Escrituras, por lo que utilizó ese mismo pasaje para abordar la confusión de Juan. Sabía que Juan conocía bien Isaías 35, que dice:

He aquí que vuestro Dios viene con retribución, con pago; Dios mismo vendrá, y os salvará (v. 4).

Estas palabras habían dado forma a las expectativas de Juan, pero el pasaje continuaba diciendo:

Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos, y los oídos de los sordos se abrirán. Entonces el cojo saltará como un ciervo, y

cantará la lengua del mudo; porque aguas serán cavadas en el desierto, y torrentes en la soledad (vv. 5-6).

Juan necesitaba que le recordaran el ministerio de sanidad del Mesías prometido, no solo su venganza prometida. Jesús sabía que Juan estaba familiarizado con la proclamación de Isaías 61 sobre “el día de venganza del Dios nuestro”; pero antes de ese día, según Isaías 61, debía haber un día para traer buenas nuevas a los pobres, un día para vendar a los quebrantados de corazón, un día para proclamar el favor del Señor. Jesús llevó a Juan directamente a los pasajes que enfatizan el juicio del Mesías y le señaló las partes de tales pasajes que hablan del ministerio de sanidad y bendición del Mesías y de proclamación de las buenas nuevas. Todavía no era tiempo del hacha. Todavía no era tiempo del fuego. Juan necesitaba esperar a que se desarrollara todo el drama de la historia redentora.

Sin embargo, por supuesto, Juan no estaría presente para contemplar el suceso central de la historia redentora. Juan no estaría cerca para ver con sus mismos ojos al siervo sufriente de Isaías 53 herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados. Aunque Juan había reconocido a Jesús como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, no viviría para ver al Cordero de Isaías 53 llevado al matadero, cortado de la tierra de los vivientes y herido por la transgresión de su pueblo. Juan no entendía totalmente que, en su primera venida, Jesús no venía a juzgar a los pecadores, sino a cargar el pecado. Jesús no venía a castigar a los transgresores, sino a ser contado entre ellos. Juan era como todos los demás profetas del Antiguo Testamento que, según 1 Pedro 1, “inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos” (1 P. 1:10-11).

Juan el Bautista no podía ver el sufrimiento y la gloria de Jesús tan claramente como tú y yo podemos hacerlo hoy de este lado de la cruz, resurrección y ascensión. De hecho, esto es a lo que Jesús se refería cuando dijo en Mateo 11:11: “De cierto os digo: Entre los que

nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista; pero el más pequeño en el reino de los cielos, mayor es que él”. Juan el Bautista fue el mayor de los profetas, porque no solo inquirió e indagó acerca de Cristo, sino que vio y experimentó a Cristo en su vida, lo que ningún otro profeta del Antiguo Testamento había hecho. Sin embargo, tú y yo y todos los creyentes que vivimos de este lado de Pentecostés somos más grandes que Juan el Bautista porque no solo hemos leído y esperamos el día que nos dé el nuevo corazón de carne sobre el que el profeta Ezequiel escribió, sino que lo hemos experimentado.

La oportunidad que Herodes perdió

Juan tenía su corazón puesto en el reino de Dios y el Rey venidero. Anhelaba que viniera a traer justicia a este mundo. Juan tenía la mente llena de la Palabra de Dios, aunque no la entendiera de manera perfecta y cabal. Sin embargo, si estamos tentadas a pensar que la santidad de Juan lo hacía inmune a la crueldad de los sinvergüenzas, estamos muy equivocadas.

Porque el mismo Herodes había enviado y prendido a Juan, y le había encadenado en la cárcel por causa de Herodías, mujer de Felipe su hermano; pues la había tomado por mujer. Porque Juan decía a Herodes: No te es lícito tener la mujer de tu hermano. Pero Herodías le acechaba, y deseaba matarle, y no podía; porque Herodes temía a Juan, sabiendo que era varón justo y santo, y le guardaba a salvo; y oyéndole, se quedaba muy perplejo, pero le escuchaba de buena gana (Mr. 6:17-20).

El nombre “Herodes” se menciona casi cincuenta veces en el Nuevo Testamento, pero se refiere a varios hombres diferentes. Comprender a esta familia mixta requiere un poco de esfuerzo. Los Herodes mencionados en el Nuevo Testamento eran parte de una dinastía de gobernantes que el Imperio romano estableció sobre Judea en el 40 a.C. Eran descendientes de Esaú, no de Jacob; pero sus antepasados se habían convertido al judaísmo. Cuando comienza el Nuevo

Testamento, nos encontramos con Herodes el Grande, quien salió a matar a Jesús. Puedes imaginarte que un hombre que estaba dispuesto a matar a todos los niños varones menores de dos años, solo para asegurarse de atrapar al que representaba una amenaza para él, no era de los mejores tipos o de los padres más buenos. Hacia el final de su reinado, al pensar que su propia familia estaba dispuesta a derrocarlo, Herodes el Grande asesinó a una de sus esposas, su madre, su cuñado y tres de sus hijos. Después de la muerte de Herodes el Grande, sus hijos vivos (Herodes Arquelao, Herodes Antipas y Herodes Felipe) dividieron el control de la región de Palestina. Herodes Arquelao fue colocado sobre Judea, Samaria e Idumea, pero fue destituido dos años después. Herodes Felipe gobernó Gaulanitis (los Altos del Golán, al este del río Jordán). Herodes Antipas gobernó sobre Galilea. Herodes Antipas es el Herodes de nuestro pasaje.

Al principio de su reinado, Herodes Antipas se casó con una princesa árabe; pero, en una visita a Roma, donde se quedó con su medio hermano Herodes Felipe, se enamoró de Herodías (o al menos la codició), que era la esposa de su hermano. Cada uno se divorció de su cónyuge para poder casarse. Ahora bien, si todos los hermanos tienen nombres que comienzan con Herodes y uno de ellos se casa con alguien llamada Herodías, ¿qué te sugiere? Sí, fue un matrimonio incestuoso, ya que Herodías no solo era esposa del hermano de Herodes, sino también sobrina de este Herodes.

Y luego llegó Juan, un hombre cuya vida entera estaba orientada a llamar a las personas al arrepentimiento y a la fe. Su mensaje proclamaba que el reino de Dios estaba cerca, e incluso Herodes tendría que inclinarse ante el Rey divino y prepararse para su venida mediante el arrepentimiento. Juan tomaba la Palabra de Dios y su obediencia muy en serio. Y aquí estaba Herodes, líder designado sobre el pueblo de Dios, que desobedecía descaradamente Levítico 18:16, que dice: “La desnudez de la mujer de tu hermano no descubrirás”, además de desobedecer el séptimo mandamiento: “No cometerás adulterio” (Éx. 20:14).

¿Por qué no podía Juan simplemente mirar para otro lado? ¿Por qué no podía predicar un bonito sermón sobre el poder del amor y cómo este puede cambiar el mundo? ¿No podía entender que estas

dos personas eran como almas gemelas y que no podían negar el amor que se tenían? Al parecer, no. Juan era, según Marcos 6:20, “varón justo y santo”. Amaba lo recto y odiaba lo malo. Observa que, en el versículo 18, el texto dice: “Porque *Juan decía a Herodes*: No te es lícito tener la mujer de tu hermano”. Parece que los había confrontado más de una vez, pero Herodes y Herodías no tenían interés en obedecer a Dios; no tenían interés en un arrepentimiento que requiriera decir que no a sus deseos románticos, relacionales y sexuales. Solo querían seguir lo que dictara su corazón y no la ley de Dios. Tuvieron la oportunidad de arrepentirse y reconciliarse con Dios a través del ministerio de Juan el Bautista. Podrían haber recibido el perdón de sus pecados y haber comenzado de nuevo; pero, en cambio, se hundieron en su pecado. Y, evidentemente, Juan se negó a dejarlo pasar. Sus repetidos llamados al arrepentimiento hicieron enojar tanto a Herodías que quería matar a Juan y comenzó a buscar una oportunidad para hacerlo.

Pero venido un día oportuno, en que Herodes, en la fiesta de su cumpleaños, daba una cena a sus príncipes y tribunos y a los principales de Galilea, entrando la hija de Herodías, danzó, y agradó a Herodes y a los que estaban con él a la mesa; y el rey dijo a la muchacha: Pídeme lo que quieras, y yo te lo daré. Y le juró: Todo lo que me pidas te daré, hasta la mitad de mi reino. Saliendo ella, dijo a su madre: ¿Qué pediré? Y ella le dijo: La cabeza de Juan el Bautista. Entonces ella entró prontamente al rey, y pidió diciendo: Quiero que ahora mismo me des en un plato la cabeza de Juan el Bautista. Y el rey se entristeció mucho; pero a causa del juramento, y de los que estaban con él a la mesa, no quiso desecharla. Y en seguida el rey, enviando a uno de la guardia, mandó que fuese traída la cabeza de Juan. El guarda fue, le decapitó en la cárcel, y trajo su cabeza en un plato y la dio a la muchacha, y la muchacha la dio a su madre (Mr. 6:21-28).

Herodes había invitado a todos las personas prominentes de Galilea a su fiesta de cumpleaños, pero ese banquete se parecía más a una despedida de soltero. Cuando la hija de Herodías entró y danzó, y lee-

mos que “agradó” a Herodes y a sus invitados, no es difícil imaginar el desarrollo de esta escena con toda su sensualidad. Herodes estaba excitado sexualmente con su joven hijastra, tan excitado que no pudo pensar con claridad y le hizo una promesa disparatada. Esta promesa le presentó a Herodías la oportunidad que había estado buscando de silenciar la voz: la voz de alguien que clamaba en el desierto, la voz que había estado predicando en el palacio: “Preparad el camino del Señor; enderezad sus sendas”. Se presentó una oportunidad y estaba lista para aprovecharla. Sin embargo, lo que vio como la oportunidad de silenciar la voz de Juan el Bautista, en realidad, fue su última oportunidad de arrepentirse. Lamentablemente, perdió esa oportunidad.

Un par de sinvergüenzas empeñados en salirse con la suya silenciaron la voz que pedía que se prepararan para el juicio mediante la confesión de su pecado y arrepentimiento.

La noche en que arrestaron a Jesús, los líderes religiosos lo llevaron ante Pilato, el gobernador romano de Judea. Pilato no sabía qué hacer con este Jesús, en quien no encontraba culpa. Sin embargo, después de escuchar que Jesús había estado enseñando en Galilea, decidió que se libraría de ese problemático prisionero al enviarlo al gobernante romano sobre Galilea, Herodes Antipas, quien se encontraba en Jerusalén aquella noche.

Herodes, viendo a Jesús, se alegró mucho, porque hacía tiempo que deseaba verle; porque había oído muchas cosas acerca de él, y esperaba verle hacer alguna señal. Y le hacía muchas preguntas, pero él nada le respondió (Lc. 23:8-9).

A Herodes le encantaba tener a Juan cerca para escucharlo predicar, a pesar de que no tenía intención de responder arrepentido a la predicación de Juan. Poco tiempo después, esta misma fascinación por las cosas espirituales hizo que Herodes quisiera ver a Jesús. Quería ver a Jesús hacer uno de esos milagros de los que había oído hablar, a pesar de no tener la intención de abrir su corazón a un milagro a través del arrepentimiento y la fe.

La voz había confrontado a Herodes una y otra vez y lo había

llamado a arrepentirse, pero Herodes se había resistido y negado una y otra vez. Repetidas veces silenció la voz de convicción cuando Juan estaba vivo y luego silenció la voz de convicción para siempre al terminar con la vida de Juan. Y ahora, aquí estaba Jesús parado frente a él, pero no estaba dispuesto a hablar en absoluto. Jesús sabía que Herodes no tenía interés en humillarse y que solo buscaba divertirse. Lamentablemente, cuando Jesús se negó a hablar, quedó claro que Herodes había perdido su oportunidad de arrepentirse.

Y estaban los principales sacerdotes y los escribas acusándole con gran vehemencia. Entonces Herodes con sus soldados le menospreció y escarneció, vistiéndole de una ropa espléndida; y volvió a enviarle a Pilato (Lc. 23:10-11).

- ✦ Juan usó su voz para proclamar la venida de Cristo, mientras que Herodes usó su voz para burlarse de Cristo.
- ✦ El corazón de Juan estaba lleno de gozo en la presencia de Jesús, mientras que el corazón de Herodes estaba lleno de desprecio en la presencia de Jesús.
- ✦ Juan dedicó su vida en preparar a las personas para someterse al gobierno del Rey Jesús, mientras que Herodes desperdició su vida al burlarse del gobierno del Rey Jesús.

Juan el Bautista y Herodes nos presentan un marcado contraste que debería incitarnos a mirarnos hacia adentro, a la condición de nuestro propio corazón y nuestra propia vida. Debería hacernos preguntar:

- ✦ ¿Está mi corazón puesto en el reino de Dios o estoy demasiado ocupada en construir mi propio reino?
- ✦ ¿Me coloco bajo la autoridad de la Palabra de Dios o solo me entretengo con la Palabra de Dios?
- ✦ ¿Está mi vida dando fruto digno de arrepentimiento o fruto digno de rebelión?
- ✦ ¿Está mi vida marcada por el fruto del Espíritu o incitada por la lujuria de la carne?

- ✦ ¿Busco la santidad a la luz del juicio venidero o me creo salva del juicio venidero?
- ✦ ¿Confieso mi culpa para tener la conciencia limpia o reprimo mi culpa para que se me cauterice la conciencia?

La oportunidad perdida de Herodes es una advertencia para todas las personas que escuchan el evangelio y juegan con él en lugar de aprovecharlo. La oportunidad perdida de Herodes es una advertencia para todas las personas que pueden estar interesadas en escuchar las enseñanzas de la Biblia, pero no tienen la intención de permitir que ella las cambie; no tienen la intención de permitir que interfiera en cómo usan su poder, su dinero, su sexualidad y su tiempo; y no tienen la intención de permitir que interrumpa el *statu quo* de su vida. Amiga mía, resistes la convicción del Espíritu Santo bajo un gran riesgo: el peligro de que tu conciencia se cauterice por tu continua resistencia hasta que ya no te recuerde. ¡Qué tragedia resistir el llamado de Cristo por tanto tiempo que llegue el día en que su voz se silencie en tu vida!

Cuando Juan el Bautista llegó a Herodes como una voz que clamaba en el desierto, que era la vida, el hogar y el corazón de Herodes, Herodes podría haberse humillado y abandonado su relación incestuosa con Herodías. Podría haberse inclinado ante el verdadero Rey, Jesucristo, y haber sido transformado. Podría haber experimentado el bautismo por fuego, un bautismo que transforma a una persona espiritualmente muerta en una persona espiritualmente viva. Sin embargo, amaba demasiado su pecado. Amaba demasiado su autonomía. No le entusiasmaba la idea de tener que humillarse para decir: “Me he equivocado en casi todo, y todo en mi vida tendrá que reordenarse alrededor de Jesús a partir de hoy”. Llegó el día en que Herodes cuando, después de haber dicho “no” a la Palabra de Dios que había escuchado una y otra vez, después de haber apagado una y otra vez el rayo de esperanza que le anunciaba que podía vivir una nueva vida de santidad en lugar de una vida llena de vergüenza, Jesús ya no le hablaba.

El llamado de Juan es el llamado del Espíritu de Dios a responder a la realidad de la venida de Jesús al preparar el camino para él en tu propio

corazón y tu propia vida a través del arrepentimiento. La próxima vez, Jesús vendrá en juicio. La próxima vez, el hacha cortará; el fuego arderá.

No digas que harás algo al respecto más adelante. Más adelante, la oportunidad podría no estar.

No te aferres a cualquier pecado que no te permite aferrarte a Jesús porque crees que sin tal pecado no puedes vivir.

Ven a las aguas que te lavan. Confiesa tus pecados y recibe el perdón.

No tienes que vivir con miedo al hacha que corte la raíz del árbol de tu vida o al fuego que podría quemar la paja de tu vida. En cambio, puedes vivir con la alegre expectativa de la venida del Rey, al saber que estás preparada para su venida a través del arrepentimiento y la fe.

Roca de la eternidad,
fuiste abierta para mí;
sé mi escondedero fiel;
solo encuentro paz en Ti:
eres puro manantial
en el cual lavado fui.

Aunque yo aparezca fiel,
y aunque llore sin cesar,
del pecado no podré
justificación lograr;
solo en Ti, teniendo fe,
puedo mi perdón hallar.

Mientras deba aquí vivir,
mi postrer suspiro al dar,
cuando vaya a responder
a tu augusto tribunal:
sé mi escondedero fiel,
Roca de la eternidad.⁴

4. Augustus Toplady, "Rock of Ages", 1763; "Roca de la eternidad", trad. Thomas Westrup.

PREGUNTAS DE REFLEXIÓN

Capítulo 1: La voz

1. Cuando imaginas a un predicador diciendo a la gente que necesita arrepentirse, ¿qué pensamientos y sentimientos te provoca? ¿Qué crees que provoca hoy en los no cristianos?

2. Ponte en el lugar de los israelitas que salieron al desierto para escuchar el mensaje de Juan. ¿Por qué podrías emocionarte al escucharlo? ¿Por qué podrías ser reticente a su mensaje y su bautismo?

3. La autora dijo que nos preguntemos si podemos identificar fruto de arrepentimiento genuino en nuestras vidas. ¿Cómo ha obrado Dios en tu vida para producir fruto de arrepentimiento? ¿Qué evidencia hay en tu vida de que te has alejado del pecado? (Nadie pensará que estás presumiendo al responder esta pregunta, pero es probable que alguien se anime con tu respuesta).

4. En Mateo 3:11, Juan dijo: “Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego”. ¿Qué crees que Juan pretendía comunicar sobre la diferencia entre su bautismo y el bautismo de Jesús para el pueblo?

5. ¿Qué malinterpretó Juan de su estudio de los textos del Antiguo Testamento? ¿Cómo provocó eso su pregunta a Jesús desde la prisión?

6. ¿Crees que es posible que una persona se resista a la convicción del Espíritu Santo tantas veces que llegue al punto donde ya no pueda escuchar ni responder? ¿Por qué sí o por qué no?

7. ¿Qué se necesitaría para interrumpir el *statu quo* en tu vida para que puedas vivir una vida de arrepentimiento?
